

SCD	Sociedad Cultural y Deportiva de Calamocha s.l.
ENTRADA Nº	194
FECHA	11/10/2020
SALIDA Nº	
FECHA	

Título: *Me enamoré*

Querida Cristina, me enamoré.

Y me enamoré de golpe, a lo bestia, ridículamente. Fue una sensación horrible. Estaba desayunando en la cafetería de la facultad. Estaba lloviendo, tenía prisa y mucha hambre. Ella abrió la puerta con brío, una ráfaga de aire me hizo mirar. Dejé de respirar: morena, de grandes ojos oscuros, gafas en el escote generoso. Paraguas a medio cerrar, goteando sobre unas botas militares de charol, que ponían fin a unas piernas embutidas en un pantalón mojado, pegado a su piel como un guante. Un jersey amplio, que se abría sobre un hombro y que dejaba al descubierto una piel brillante por la lluvia, bronceada y sensual. Me pareció una aparición como las del *Monte Olimpo*: toda una diosa justiciera, capaz de abrir el mar para que su ejército conquistara el mundo.

Respiré y hasta el olor rancio de la cafetería me parecía un aroma salvaje que liberaba mis instintos para salir corriendo, abrazarla y vivir con ella el resto de mis días. No podía dejar de mirarla y fantasear con ella, con su ropa y sin su ropa, en su cama y en la mía, en el ascensor, en el campo y en la playa. Pidió su desayuno y se dirigió hacia donde sus amigas le hacían señas para que se acercara.

Andaba con la seguridad de saber quién era, cómo era y el efecto que causaba. Al pasar por mi lado, dejó en mi mesa un servilletero. Sólo me dedicó una fugaz mirada chispeante y divertida, que me devolvió a la realidad como una bofetada ardiente. Noté cómo el calor de mi estómago retorcido por tanta presión, subía hasta mi cara y se instalaba en mi cerebro paralizándome: dejé de oír y se me nubló la vista. No pude saber si ella se había dado cuenta del efecto que había causado en mí.

Miré el servilletero y mi mente empezó de nuevo a funcionar: cafetería, desayuno, tostada de tomate, aceite chorreando por el brazo, manga de la sudadera arruinada, sin remedio; entrevista con el profesor de estadística echada a perder... Sabía que era el principio de fallar en los estudios, descenso en las calificaciones de lo poco que pudiera aprobar... A la mierda mi futuro. ¿Dónde estaba la diosa?

Allí. La veía de perfil, escuchando atenta la conversación de sus amigas. El pelo le caía sobre los hombros. Las manos, llenas de anillos estrechos, cogían la taza de café y la sostenían delante de su boca. Su boca, su boca cálida, cuando mordiera el lóbulo de mi oreja y lamiera mi cuello..., espantoso, horrendo. Su pelo mojado, cuando acariciara mi pecho desnudo, en un abrazo eterno..., horroroso. Sus manos sobre mi espalda, arañando con pasión, mientras hiciéramos el amor bajo las estrellas..., horrible, horrible, Mi vida acababa de terminar. ¿Qué podía hacer? Jamás volvería a ser la misma persona.

Me veía acechando por los rincones de la facultad, espiando sus movimientos, maltratándome y castigándome por ser, por sentir, por admirar, por amar, por no poder... Una hiena esperando que

todos terminen el festín, para husmear entre los despojos de una palabra sin intención, de una mirada serena, de una coincidencia sin maldad... Jamás me vería como yo la veía, jamás me respondería como yo quería, jamás sería mía, jamás. Y la tristeza hizo mella en mí de tal forma que volvía a pensar en desaparecer, irme de la facultad, cambiar de estudios, dejarlos..., como tantas veces había hecho para huir del escarnio. Aunque, sabía que ahora tendría que huir de mí y eso era más duro aún.

Yo jamás pensé que enamorarse fuera tan doloroso, pero el no poder acercarse a la persona amada era un sufrimiento insoportable. Coincidíamos en varias clases, pero no la había visto nunca. Pero partir de aquel día, ya no podía apartar los ojos de ella. La oía reír y se me retorcían las entrañas, porque quería estar cerca y reír con ella. La oía hablar y sus palabras se mezclaban en mis sueños con su cuerpo y mis temores, en un remolino que no podía dominar, ni quería hacerlo. Sabía que mis sueños eran todo lo que iba a tener de aquella preciosa mujer que no hacía nada para seducir, pero que me cautivaba con sólo mover el lápiz sobre su cuaderno en clase.

Me sentaba detrás de ella en clase: lejos, mirarla de lejos, pensar en ella de lejos, quererla de lejos. Era insoportable y a la vez maravillosa la sensación de angustia que recorría mi cuerpo cada vez que ella se movía y yo imaginaba que volvía la cabeza y me sonreía y me llamaba a su lado y me miraba con deseo... Tanto sufrimiento me estaba matando por dentro. Me acordaba de tus consejos: confiar, soñar, esperar... lo que está para ti, será para ti... Pero no podía, no podía.

Un día me senté en una terraza cerca de la facultad, para tomar el sol, mientras leía un artículo de clase. Noté que se sentaban en la silla de enfrente, levanté la vista y la sonrisa más bonita del mundo inundó mis entrañas en un milisegundo, cambiándome por dentro y por fuera, llevándose el miedo a una habitación cerrada y dejándome sin aliento y sin alma. Era Ella. Y Ella me dijo:

—Sé que te gusto. Sé que me deseas. Noto en mi nuca tu mirada y..., me traspasa y..., me quema por dentro. Esto no puede seguir así..., vamos a perder el curso las dos. Deberíamos empezar a conocernos mejor. Deberías salir de tu cueva..., o de tu armario o de donde estés escondida y decirme que te mueres por mis besos.

Hace tres meses que salimos y te la quiero presentar. A veces soñar y esperar es lo mejor que nos trae la vida.

Tu amiga que te quiere,

Pepa Vientos